





RANDALL C. JIMERSON

Comprender el poder de los archivos

En mi sueño entro en un templo. Su fachada ornamentada y sus capiteles elevados me dan esperanza. Aquí hallaré la luz. Empujo para abrir la puerta maciza y entro. La puerta se cierra con gran estruendo tras de mí. Me encuentro en una habitación escasamente iluminada con una ventana muy alta que impide que me llegue la luz del sol. A pesar del calor de fuera, aquí hace fresco. Un guardia de seguridad se acerca a mí. El templo se ha convertido en una prisión

El guardia me dice que entregue todos mis bolígrafos y que guarde mi maletín en una consigna. Me siento al lado de una mesa. Guardias y cámaras de seguridad me vigilan constantemente para que no me escape o robe algo. Me doy cuenta de que tengo hambre. Una mujer joven me entrega un menú. La prisión ahora es un restaurante.

Randall C. Jimerson
 Profesor de Archivística de la Universidad Western Washington
 Rand.jimerson@wwu.edu

Traducción de Verónica Fernández de Cabo

Versión original: "Embracing the Power of Archives", *American Archivist* vol 69. 1 (Spring/Summer 2006), pp. 19-32.

Traducido y publicado con la autorización del autor y de la Society of American Archivists (www.archivists.org)

Este texto es la versión completa de otro más breve que constituyó el 69º discurso presidencial de la reunión anual de Society of American Archivists en Nueva Orleans, el 18 de agosto de 2005.

“¿Qué desea?”, pregunta la camarera. El menú que me entrega no incluye comida, sólo los nombres de fabricantes de alimentos – General Mills; Vlasic Foods International; Kraft Foods; Hormel. “¿Puedo sugerirle algo de la zona?” y me entrega un menú de Touch of the Bayou, Inc. que tiene una lista de categorías que incluye la marca Bayou Magic. “Traigame algo de Bayou Magic, por favor,” solicito con mucha educación.

Enseguida me traen un carrito repleto de cajas. Mi comida debe estar dentro. Abro caja por caja – correspondencia, informes, libros de contabilidad. En la última caja hay recetas. Sopa de quingombó con verdura. Langosta estofada. Jambalaya.

La camarera me recomienda la sopa. Me trae una caja llena de quingombó, cayena, cebollas, ajo, tomates y otras fuentes primarias de nutrición. Después de todo esto, aún tengo que hacerme mi propia comida.

Imágenes de los archivos

Transformemos las imágenes de los archivos en centros de poder. El templo refleja el poder de la autoridad y la veneración. La prisión ejerce el poder de control. El restaurante posee el poder de la interpretación y mediación. Todo esto representa la trinidad de las funciones archivísticas: selección, conservación y acceso. Los archivos son un lugar de conocimiento, memoria, abastecimiento y poder. Los archivos protegen y a la vez conservan los documentos; legitiman y santifican algunos mientras que niegan y destruyen otros; y dan acceso a una serie de fuentes seleccionadas mientras que controlan a los investigadores y las condiciones bajo las cuales se puede examinar el documento archivístico. Como plantea Eric Ketelaar, los archivos, tanto en arquitectura como en procedimientos, habitualmente nos recuerdan a templos y prisiones, dos centros de poder aparentemente opuestos¹. Los archivos encarnan estas contradicciones y más.

Tanto George Orwell como George Lucas reconocieron que los archivos representan poder. En su novela, 1984, Orwell declaraba:

Quien controla el pasado, controla el futuro; quien controla el presente, controla el pasado. La mutabilidad del pasado es el eje del Ingsoc. Los acontecimientos del pasado, como se expone a continuación, no tienen una existencia objetiva y sólo sobreviven en los documentos escritos y en los recuerdos de los hombres. El pasado es cualquier cosa en la que los documentos y los recuerdos se ponen de acuerdo. Y como el Partido tiene el control total de todos los documentos, e igualmente de la mente de sus miembros, tenemos como resultado que el pasado es cualquier cosa que el Partido decida².

Orwell, de forma repetida, se lamenta por ese recuerdo incompleto del pasado y de las lagunas que, como consecuencia, tenemos en nuestro conocimiento de los acontecimientos históricos. En un ensayo en 1943 escribió: “Cuando pienso en el mundo antiguo, el detalle que más me asusta es que aquellos cientos de millones de esclavos en cuyas espaldas se apoyó la civilización, generación tras generación, no han dejado tras de ellos ningún tipo de documento”³. Esto era también una preocupación muy personal. En su memoria de la Guerra Civil Española, Orwell expuso: “Nunca será posible conseguir una versión totalmente precisa e imparcial de la batalla de Barcelona, porque no existen los documentos necesarios. Los historiadores del futuro no tendrán nada en lo que basarse excepto una masa de acusaciones y propaganda partidista”⁴. El silencio de los archivos, la ausencia de documentos, era lo que más preocupaba a Orwell.

George Lucas presenta una visión de los archivos más segura. En *La guerra de las galaxias, Episodio II: el ataque de los clones*, Jedi Master Obi Wan Kenobi visita el Templo Jedi de Archivos en busca de la situación del planeta Kamino. La archivera Madame Jocasta Nu, una delicada anciana, aporta ayuda referencial, pero Kamino no aparece en los mapas astrales de los archivos. Ella concluye diciendo:

“Odio decirlo, pero parece que el sistema que estás buscando no existe.”

“Eso es imposible – quizá los archivos están incompletos.”

“Los archivos son exhaustivos y totalmente seguros, mi joven Jedi,” respondió impositivamente la archivera, distanciándose de su familiaridad con Obi-Wan y asumiendo de nuevo el comportamiento de soberana del reino archivístico.

“Hay una cosa de la que puedes estar absolutamente seguro: si un documento no aparece en nuestros archivos es que no existe.” Se miraron el uno al otro durante un buen rato, mientras Obi-Wan se daba cuenta de que no había ni el más mínimo titubeo en la declaración de Jocasta Nu⁵.

Resulta, dicho sea de paso, que se había eliminado, en un acto de sabotaje archivístico, la existencia de ese sistema planetario perdido. Puede que los archivos Jedi parezcan “exhaustivos y totalmente seguros” pero incluso esa visión futurista muestra las limitaciones del control archivístico. Esa pose de omnisciencia que muestran los archiveros no es más que una completa ilusión⁶. Sin embargo, como señala Eric Ketelaar, el hecho de que Obi-Wan deba entrar físicamente en los archivos Jedi en su búsqueda muestra el poder del archivero, que debe ser un mediador entre “el cerebro y la fuente”⁷. El papel del archivero es crucial y poderoso.

La ilusión de la neutralidad

A pesar de lo mucho que reafirmemos nuestra objetividad y neutralidad, como archiveros no podemos evitar imprimir nuestro propio sello en esas poderosas fuentes de conocimiento. A partir de la emergencia de una “historia científica” en el siglo XIX, los historiadores se han basado en los archivos y en otras fuentes primarias para reforzar su interpretación del pasado. “A través del seminario, ideado en la década de 1830 por el profesor alemán de historia Leopold von Ranke, el profesor enseñaba las técnicas de lectura y disección de los documentos históricos,” como explican Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob. “Los estudiantes aprendían a comparar los documentos de forma rigurosa. Al haberse abierto recientemente los archivos de la Iglesia y el Estado estos se convirtieron en los lugares donde se podría encontrar la verdad a través de un interrogatorio documento tras documento”⁸. Los archivos serían un laboratorio científico para la investigación histórica. Hilary Jenkinson estableció en 1922 el ideal archivístico de objetividad, neutralidad y pasividad.

La profesión de archivero está dedicada al servicio. Existe para hacer posible el trabajo de otras personas. Su credo, la santidad de las pruebas; su tarea, la conservación de cada pedacito de esas pruebas vinculadas a los documentos puestos a su cargo; su propósito es proveer, sin prejuicios o pensamientos de último momento, a todo el que desee saber los medios de conocimiento. El buen archivero es quizá el más desinteresado devoto de la verdad generada por el mundo moderno⁹.

Como señala Elisabeth Kaplan, la llamada de Jenkinson a los cánones del positivismo del siglo XIX –incluso después del pensamiento del siglo XX con Einstein y Freud, entre otros– parece, retrospectivamente, “una afirmación increíblemente reaccionaria”¹⁰. Sin embargo, casi un siglo después, este sigue siendo el ideal seguido por la mayoría de nuestros colegas. Incluso si aceptáramos la posibilidad de dicha neutralidad y objetividad, ¿de verdad queremos ser Uriah Heeps, serviles, simples siervos de la historia? Espero que nuestras aspiraciones sean más elevadas. Ciertamente deberíamos tener más amor propio con respecto a todo esto. Si nos orgullecemos de nuestra humildad, puede que terminemos como el hombre al que dieron la medalla al más humilde de la ciudad y que después se la quitaron al ver que la llevaba en público.

La perspectiva posmodernista sólo recientemente ha penetrado, en el discurso archivístico norteamericano, pero ya ha influido nuestra perspectiva de los tradicionales valores archivísticos. Como explica un especialista, “el Posmodernismo pone en duda valores de la Ilustración tales como racionalidad, verdad y progreso, alegando que estos simplemente sirven para asegurar la estructura monolítica de la sociedad moderna ocultando o excluyendo cualquier fuerza que pudiera retar su predominio cultural”¹¹. Existe una verdad fundamental, aunque resulte desagradable, en la crítica posmodernista. Desafortunadamente, en los

escritos de muchos posmodernistas, la jerga, los giros sintácticos enrevesados y una buena dosis de paparruchas la han ocultado. Como diría el “Padrino” posmodernista: “Le haré una oferta que no podrá entender.”

Los archivos no son neutrales ni objetivos. Ya lo hemos oído antes de que llegaran los posmodernistas, pero ellos han reforzado nuestra conciencia de este problema. En 1970 Howard Zinn, el historiador radical, contó a un auditorio de archiveros que la “supuesta neutralidad” de los archiveros era “una farsa”. El archivero, incluso más que el historiador o el politólogo, tiende a ser escrupuloso con su neutralidad y tiende a ver su trabajo como un trabajo técnico, libre del repugnante mundo del interés político: un trabajo de recopilación, clasificación, conservación y de facilitar el acceso a los documentos de la sociedad,” declaró Zinn. Sin embargo, siguió diciendo: “la existencia, conservación y consulta de los archivos y documentos se ven bastante más determinadas por la distribución de la riqueza y el poder.” Zinn añadió que las recopilaciones archivísticas “se inclinan hacia los poderosos e importantes de la sociedad y tienden a ignorar lo impotente y oscuro”¹². Dicha inclinación proviene de las suposiciones básicas de la práctica archivística. No ocurre de forma consciente o deliberada, es algo endémico.

El antropólogo Claude Lévi-Strauss relaciona con claridad los documentos escritos con el poder económico y político. En 1961 señaló: “El único fenómeno que, siempre y en todas las partes del mundo, parece estar relacionado con la aparición de la escritura es la instauración de sociedades jerárquicas formadas por maestros y esclavos en donde una parte de la población está destinada a trabajar para la otra”. La escritura en las sociedades tempranas “estaba conectada en primer lugar y principalmente con el poder: se usaba para inventarios, catálogos, censos, leyes e instrucciones para llevar un control de las posesiones materiales y de los seres humanos”¹³. Como señala Carolyn Steedman, “Se pusieron en orden los archivos europeos para solidificar y rememorar en primer lugar el poder monárquico y posteriormente el poder del Estado”¹⁴. Incluso la posterior fundación de nuestros Archivos Nacionales en 1934 sirvió para legitimizar las instituciones democráticas y las ideas del poder popular. Estas relaciones de poder presentes en los archivos afectan tanto a los depositarios públicos como a los privados. Como escribió Patrick Quinn, hace más de treinta años, “Muchas ideas tradicionales acerca de qué fuentes primarias se deberían recopilar y de qué sectores de la población se deberían extraer estas fuentes fomentó una aproximación elitista a la historia, una aproximación que en efecto ignoró la historia de los negros y otras minorías, como mujeres, obreros y pobres”¹⁵.

En su aplicación más beneficiosa para la teoría archivística, el posmodernismo amplía esta comprensión de las relaciones de poder. Como han señalado Terry Cook y Joan Schwartz, “los documentos que emergen del proceso de creación son cualquier cosa menos residuos inocentes, orgánicos y naturales de transacciones administrativas desinteresadas. Más bien son instrumentos de poder

con mucho valor”¹⁶. Elisabeth Kaplan percibió que aunque antropólogos y archiveros proclaman ser “seleccionadores desinteresados” ambos sirven de “intermediarios entre un sujeto y sus intérpretes, una función/papel dedicada a la propia interpretación.” Repitiendo las palabras de George Orwell, Kaplan concluyó diciendo que “Este poder sobre las pruebas de la representación, y este poder sobre el acceso a las mismas, nos dota de cierto grado de poder sobre la historia, memoria y pasado”¹⁷. Dicho poder sobre los archivos supone una medida de responsabilidad significativa. Si el dicho de que el poder corrompe es cierto no debemos bajar la guardia.

Al reconocer este poder que poseemos en el universo del conocimiento, alguno de nosotros nos podríamos ver tentados a buscar métodos pseudo-científicos para distanciarnos de nuestras propias decisiones. Al decubrirnos con las manos en la masa, puede que deseemos recordar al Mago de Oz, quien decía a Dorothy y sus amigos, “¡No prestéis atención al hombre que está detrás de la cortina!”

En lugar de escondernos de nuestro poder en el reino de la historia, memoria y pasado, espero que comprendamos el poder de los archivos y lo usemos para el bien de la humanidad. Antes de echar un vistazo a las respuestas del desafío del poder archivístico, necesitamos comprender algunas de sus manifestaciones. Existen tres aspectos del poder de los archivos que me gustaría tratar brevemente:

1. El templo: control sobre la memoria social (colectiva);
2. La prisión: control sobre la conservación y la seguridad de los documentos;
3. El restaurante: el papel del archivero como intérprete y mediador entre los documentos y sus usuarios.

El templo

En el templo archivístico, los documentos que recogen la actividad humana adquieren autoridad e inmortalidad (o al menos su apariencia). La misma selección distingue algunos documentos de otros dotándolos de mayor validez. Estos representan las pruebas, la información, la verdad y la memoria social. “Los archiveros necesitan darse cuenta de que la valoración es una parte de un proceso más amplio de construcción de la memoria pública y un proceso de conexión con otros acontecimientos sociales relacionados con el pasado,” nos recuerda Richard Cox. Como Michel-Rolph Trouillot afirma en *Silencing the Past*, la “creación de archivos incluye un número de operaciones selectivas: selección de productores, selección de pruebas, selección de temas, selección de procedimientos – lo que significa, en el mejor de los casos, una clasificación diferencial, y en el peor, la exclusión de algunos productores, algunas pruebas, algunos temas, algunos procedimientos.” Trouillot sigue diciendo: “la Historia no pertenece sólo a sus

narradores, sean profesionales o amateurs. Mientras que alguno de nosotros debatimos qué es o era la historia, otros la cogen con sus propias manos”¹⁸. Yo considero esto como una llamada a la acción por parte de los archiveros.

Los archiveros hace tiempo que reconocían que de alguna forma estamos implicados en el “negocio de la memoria,” pero no siempre hemos entendido nuestro papel o el alcance de la descripción de nuestro puesto. Cox sugiere que la idea de que el archivero juega un papel importante a la hora de dar forma a la memoria pública debería afectar a “la identificación de qué documentos deberían residir en los archivos o deberían ser denominados archivísticos por su valor.” Ve a los archivos como “un alto en el camino simbólico hacia la memoria colectiva”¹⁹. Lo que conservamos en nuestros archivos representa una compleja gama de valores sociales. Como exponía Elisabeth Kaplan en un ensayo sobre archivos y sobre la construcción de la identidad, “Somos lo que recopilamos, recopilamos lo que somos”²⁰. Al conservar algunos documentos y desechar otros, los archiveros deberían influir en la mentalidad colectiva de la sociedad mediante la comprensión de su pasado, lo cual también incluiría lo que se olvidará.

Los archivos, sin embargo, no constituyen el pasado ni nuestra memoria social del pasado. René Magritte nos recordaba esta distinción con su famoso cuadro de un tubo curvado, debajo del cual escribió: “*Ce n’est pas une pipe.*” De hecho no era un tubo, sólo una representación pintada de un tubo. No deberíamos confundir los archivos –o la historia– con la memoria. De hecho, tras investigar las historias de la infancia de su madre en Irlanda, el historiador Richard White alertaba: “la historia es el enemigo de la memoria. Cuando se quedan a solas con los recuerdos, los historiadores los tratan como tratarían los detectives a sus fuentes: los comparan, los interrogan y cotejan unos con otros”²¹. Las fuentes archivísticas demostraron que muchos de los recuerdos de la madre de White eran falsos.

En el “best seller” de este verano, *Harry Potter y el misterio del príncipe*, el Profesor Dumbledore promete ayudar al joven mago a conocer los secretos de su pasado mostrándole el Pensieve, un aparato mágico donde se pueden descargar los pensamientos y recuerdos de la gente – para poder recuperarlos o explorarlos posteriormente. Mientras lo colocan, Dumbledore advierte a Harry: “Te he dicho todo lo que sé. A partir de este punto deberemos abandonar la firme fundación del hecho y viajar juntos a través de los pantanos turbios de la memoria hacia los matorrales de las conjeturas más salvajes”²². Como archiveros, por supuesto, sabemos que lo que el colegio Hogwarts necesitaba era un buen archivo.

Los archivos nos ayudan a clarificar los “pantanos turbios de la memoria” y a sustituir la documentación por conjeturas. Lo que nos ofrecen los archivos es el documento de una actuación realizada en un momento preciso, por una o más personas, sobre acciones individuales, acontecimientos o historias. Los archivos no dan testimonio de la precisión o veracidad de estos informes, como ha argumentado

Luciana Duranti en su estudio de la diplomática, sino que dan testimonio de la precisión en cómo y cuándo ha sido creado²³. De forma colectiva, estos documentos del pasado nos aportan un correctivo para la memoria humana, un juez que permanece inalterable mientras que la memoria cambia de forma constante y reenfoca su visión del pasado. Aunque los documentos y las imágenes de los archivos no cambian a la vista, sin embargo, los posmodernistas nos recuerdan que nuestra comprensión e interpretación de los mismos está en constante cambio y reenfoque.

La prisión

El segundo punto de poder es la prisión archivística. Desde las puertas cerradas a las taquillas de los investigadores, desde las estanterías cerradas a las cámaras de seguridad de la sala de consulta, los archivos parecen cárceles. Los documentos están encerrados (por su propia seguridad, por supuesto), pero igual se encuentran los investigadores, que deben consultar los documentos en estancias custodiadas muy de cerca bajo vigilancia. Para tener una idea visual recordemos al investigador en *Ciudadano Kane* consultando los documentos familiares en la biblioteca Thatcher, en una sala árida con un techo altísimo, tan intimidatoria como cualquier mazmorra. Hace treinta años la División de Manuscritos de la Biblioteca del Congreso en EEUU de hecho, tenía un guardia de seguridad armado, con la pistola en su funda y situado en una plataforma con vistas a la sala de investigación.

Erik Ketelaar compara la sala de consulta del archivo con el panóptico de Jeremy Bentham, “una prisión donde se sometía a los presos a una vigilancia constante (panóptica) observados por guardias en una torre de control central.” Los nobles argumentos para la conservación y secretismo, sugiere Ketelaar, son “la racionalización de la apropiación y el poder.” Como admite el archivero de ficción de Martha Cooley: “Como archivero tengo poder sobre otras personas. Controlo el acceso a los materiales que desean. Por supuesto que este poder tiene limitaciones. Un archivero atiende mejor al investigador manteniendo un equilibrio entre la empatía y la distancia.” Control igual a poder. “La vigilancia y la disciplina se encuentran arraigadas en la desconfianza profesional del archivero ante cualquier persona que no sea un archivero utilizando los archivos,” concluye Ketelaar. “Los rituales, la vigilancia y la disciplina sirven para mantener el poder de los archivos y del archivero”²⁴.

Este elemento de control archivístico también abarca el proceso de organización y descripción. Wendy Duff y Verne Harris observan: “Cuando designamos convertimos el orden en caos. Dominamos la jungla, colocamos todo en cajas, entendidas como los contenedores físicos o intelectuales estandarizados. En el reino de la normalización descriptiva, usando casillas grandes como fondos o

series, o pequeñas como las fechas de creación o adquisición, ponemos en orden las realidades salvajes”²⁵. Por lo tanto, los archiveros encierran no sólo sus cajas de documentos o a sus investigadores, sino también los significados de los documentos archivísticos y las identidades de sus creadores. El archivero ejerce un poder de interpretación sobre los documentos bajo su custodia –término reservado con frecuencia para los arrestados por la policía– y por lo tanto controla y determina el significado de esas fuentes encerradas.

El restaurante

Este poder de interpretación aparece con más fuerza en el archivo como restaurante, donde aquellos hambrientos de verdad o conocimiento buscan alimento. El poder archivístico gobierna el proceso de investigación, desde los instrumentos de descripción que a primera vista pueden parecer menús extraños o exóticos con una serie de opciones de difícil interpretación para el cliente primerizo, hasta la consulta individual a través de la que los archiveros median entre el usuario y el documento. ¡Eche un vistazo a nuestros menús! Reducimos la compleja historia de la vida de una persona a un elemento “Bioghist”, y la complejidad de miles de documentos a una nota “Scopecontent”. Como intérpretes del menú servimos de mediadores entre el cliente y los documentos.

Como señalan Terry Cook y Joan Schwartz, el archivero juega un papel cuidadosamente redactado en este teatro de investigación, ya que “la práctica archivística es la implementación ritual de la teoría, la actuación fuera de guión que los archiveros han establecido para ellos mismos”²⁶. Normalmente los archiveros ni reconocen que están interpretando un papel cuidadosamente diseñado en una actuación en la que el investigador y el archivero interactúan. Cook y Schwartz sostienen que el archivero representa una parte crítica “como mediador e intérprete, como un importante determinador de los documentos del pasado que se transmitirán al futuro. El archivero es un actor, no un guardian; un intérprete, no un custodio.” Concluyen diciendo: “La actuación archivística no sólo se debería reconocer de forma consciente, sino también celebrarla con entusiasmo”²⁷. Es este papel teatral el que dota al archivero de autoridad y poder. En el restaurante archivístico, la camarera da la bienvenida al cliente, interpreta el menú, sugiere un entrante o postre y recauda el dinero antes de que salga el cliente. Es un papel de servicio, pero que implica una medida de poder y exige una sonrisa tranquilizadora si se quiere recibir una buena propina.

Los archiveros se consideran a sí mismos como neutros, objetivos, pasivos y carentes de poder. La queja del discurso archivístico nos recuerda a la del humorista estadounidense Rodney Dangerfield que siempre repite: “No me

respetan”. Pero si el conocimiento es poder tenemos más de lo que nos corresponde. Lo que tenemos que hacer, como nos recuerda Richard Cox, es transferir parte del poder de los documentos a los profesionales de los documentos y sus depósitos²⁸.

Comprender el poder

Nuestro reto es entender el poder de los archivos y usarlo bien. El archivero Jedi debería hacer caso de la sabia Yoda: “Un Jedi emplea la Fuerza para el conocimiento y la defensa, nunca para el ataque.” Los archiveros también pueden emplear la Fuerza para hacer una sociedad más culta, más tolerante, más diversa y más justa.

El primer paso es abandonar nuestra pretensión de neutralidad. Como Allan Spear, profesor de historia y senador por el estado de Minnesota, dijo en una reunión de la Society of American Archivists en 1983: “Los conceptos de neutralidad y objetividad son imposibles de alcanzar y la mayoría de las veces, cortinas de humo para esconder que son en realidad decisiones políticas que apoyan el status quo. La inacción puede tener consecuencias políticas hasta alcanzar la acción”²⁹. Nuestra actuación como archiveros, nuestro uso del poder, necesita abrirse al debate y a la rendición de cuentas. Como argumentan Terry Cook y Joan Schwartz, “El poder reconocido se convierte en un poder que se puede cuestionar, al que se le puede pedir cuentas y que sea abierto a un diálogo transparente y a una rica comprensión”³⁰ Una vez que seamos conscientes de nuestra inclinación podremos evitar usar este poder de forma indiscriminada o lo que es peor, de forma accidental.

Los archiveros ya han hecho muchas sugerencias invitándonos a la reflexión, sobre cómo conocer y emplear el poder de los archivos. Erik Ketelaar insta a los archiveros a abrir su toma de decisiones al escrutinio público: “En una democracia, la selección y el acceso deberían estar sometidos a debate público, bajo comprobación y control por parte del público”³¹. Parafraseando a Abraham Lincoln, Ketelaar nos llama a asegurar “Los archivos del pueblo, por el pueblo y para el pueblo”³².

El interés de los archiveros por la parte técnica de sus obligaciones a veces empaña sus responsabilidades sociales y culturales. Shirley Spragge nos avisó en 1994 de una creciente “crisis de renuncia a la responsabilidad cultural de los archiveros.” Demasiado énfasis en los sistemas de gestión de documentos, trazabilidad y evidencia, añade John Dirks, crea un interés sobre “lo que se puede calificar como ‘la parte derecha del cerebro’ de la misión archivística –nuestro papel cultural a la hora de conservar el patrimonio y la memoria social– se ha descuidado, marginado e incluso devaluado de forma injusta.” Además de pedir responsabilidades a aquellos líderes en la política, negocios, educación y otros campos

cuyos documentos manejan, a los mismos archiveros, nos recuerda Dirks, “los usuarios del futuro nos pedirán que rindamos cuentas ya que ellos dependerán de que nuestras bien formuladas decisiones profesionales puedan superar el paso del tiempo. De hecho somos actores llenos de vida, no observadores pasivos de la relación entre la historia, la memoria y la responsabilidad”³³. El poder conlleva responsabilidad. También eleva el interés sobre lo que hacemos los archiveros y cómo interpretamos nuestros papeles.

Hilary Jenkinson estableció un ideal inalcanzable del archivero como esa persona que sirve a los investigadores pero que nunca se compromete a interpretar los documentos. Sin embargo, como afirma Tom Nesmith, “en el meollo de la gestión y en el uso de los documentos siempre hay un acto de interpretación.” El papel del archivero en la sociedad es “la evaluación y protección de la integridad de los documentos como pruebas,” y Nesmith añade: “aunque la utilidad, fiabilidad y autenticidad de los documentos archivísticos están directamente relacionadas con la habilidad del archivero para interpretar o contextualizar los documentos tan plenamente como sea posible más que basándose simplemente en la observación y protección de los atributos de los mencionados documentos”³⁴.

La responsabilidad constituye la idea central del temor de Orwell al poder del Gran Hermano sobre la memoria pública. Como escribió Milan Kundera acerca de los esfuerzos de los checoslovacos para preservar su cultura frente al intento soviético de hacer desaparecer los recuerdos e imponer el silencio de su gente, “La lucha del hombre contra el poder, es la lucha de la memoria frente al olvido”³⁵. Como observa Kenneth Foote, “Para los archiveros, la idea de los archivos como recuerdos es más que una metáfora. Los documentos e instrumentos que reúnen son unos recursos muy importantes para ampliar el campo espacial y temporal de la comunicación humana”³⁶. Los archivos proporcionan beneficios esenciales para la sociedad. Waldo G. Leland declaró en 1912: “El cuidado que la nación dedica a la conservación de los monumentos de su pasado puede servir como una medida certera del grado de civilización que se ha alcanzado”. “El monumento más importante de la historia de una nación son sus archivos, la conservación de lo que se reconoce en todos los países civilizados como una función del gobierno propia y natural”³⁷. Los archivos no sólo sostienen a líderes públicos responsables, sino que también permiten a todos los ciudadanos conocer el pasado.

Responsabilidad social

Los archivos, por lo tanto, son responsables ante todos los ciudadanos de una sociedad democrática. Cumplen una función muy importante que a menudo pasa desapercibida. Los archivos documentan y protegen los derechos de los ciudadanos. Abundan los ejemplos de documentos archivísticos que se usan en interés público

a través de la petición de rendición de cuentas de sus acciones a los funcionarios públicos, directores generales de empresas, administradores universitarios, líderes religiosos y otros. *Archives and the Public Good: Accountability and Records in Modern Society*, editado por Richard Cox y David Wallace, aporta una serie de estudios fascinantes sobre el tema que reflejan la importancia de los documentos para la responsabilidad, acceso a la información y protección de los derechos de todos los ciudadanos³⁸. Incluso una lista parcial de estos temas resulta impresionante: los nazis criminales de guerra en Canadá, el escándalo Irán-Contra, la política fiscal estadounidense (Internal Revenue Service), el caso de la tabacalera Brown and Williamson, el estudio de la sífilis Tuskegee, el estado sudafricano al final del apartheid y la historia de las relaciones exteriores de los norteamericanos. Más recientemente, Elizabeth Adkins ha descrito el papel de los archivos y la investigación documental al intentar descubrir la verdad que se esconde tras el empleo por parte de la *Ford Motor Company* “de trabajadores forzados bajo el régimen nazi”³⁹.

Una generación antes, Gerald Ham retó a los archiveros a “dar al futuro documentos representativos de la experiencia humana de nuestro tiempo” y “erigir un espejo para la humanidad” para que podamos ayudar a la gente “a comprender el mundo en el que vivimos”⁴⁰. Aunque puede que seamos menos optimistas ahora con respecto a nuestra capacidad para lograrlo, lo cierto es que todavía sigue siendo una noble invocación. Lo más importante del reto de Ham era la representación de toda la sociedad en nuestros archivos, dar voz a la pobreza, la impotencia, la oscuridad.

Los archiveros, tanto individual como colectivamente, debemos comprometernos a asegurarnos de que nuestros documentos recojan la vida y experiencias de todos los grupos de la sociedad, y no sólo de la élite política, económica, social e intelectual. En 1971 Howard Zinn instó a los archiveros a “tomarse la molestia de recopilar un nuevo mundo de material documental, sobre la vida, deseos y necesidades de la gente corriente.” De este modo podríamos asegurarnos de que “la condición, las quejas y la voluntad de las clases inferiores se conviertan en una fuerza en la nación”⁴¹.

Para responder a este reto, los archiveros han realizado grandes progresos. Existen más archivos dedicados –o al menos concienciados– a documentar a las mujeres, a los grupos étnicos y raciales, a los obreros, a los pobres, a los homosexuales, y a otras gentes marginadas. Sin embargo todavía podemos hacer algo más. Espero que aspiremos a mejorar nuestros éxitos del pasado. Los archivos también necesitan documentar las ultraconservadoras organizaciones cristianas, la “mayoría silenciosa,” y los grupos extremistas situados a ambos lados del espectro político, desde el Ku Klux Klan hasta los grupos combatientes de eco-terroristas.

Prestando atención a la necesidad de la responsabilidad y la documentación se sirve a la causa de los derechos humanos y la justicia social. “Los archivos no sólo sirven de ayuda para conocer la responsabilidad legal y fiscal de las organizaciones de hoy día a la sociedad, sino que también sirven para pedir a los

líderes e instituciones del pasado que rindan cuentas, tanto en términos de moralidad como de efectividad,” afirma John Dirks. La disponibilidad de los archivos es esencial para servir a “la necesidad de la sociedad en la que impere la justicia y la conservación de derechos y valores”⁴². Los documentos archivísticos han servido para rehabilitar a personas injustamente condenadas bajo un régimen totalitario y para obtener una indemnización por parte de su antiguo opresor⁴³.

Como archiveros debemos esforzarnos, como nos instan Duff y Harris, “a investigar los aspectos de los documentos que no están siendo descritos y las voces que no están siendo escuchadas.” Sin embargo, al dar voz a los grupos marginales de la sociedad, nos recuerdan, debemos tener cuidado de no inyectar nuestras propias inclinaciones y suposiciones. “Es imprescindible que no idealicemos a la otredad,” insisten⁴⁴.

Existe una tensión inherente a la hora de documentar grupos que tradicionalmente han sido marginados o se han visto desatendidos. ¿Quién posee su historia? La controversia por las tumbas y artefactos de los indios americanos ilustra el problema de la propiedad que afecta a otros grupos en la sociedad. Una de las razones por las que los afroamericanos, los grupos étnicos, gays y lesbianas y otros han creado sus propios depósitos es para conservar el control sobre su propia documentación, sobre su presentación e interpretación, y sobre las mismas condiciones de acceso. Entre los indios americanos, por ejemplo, existen algunos ritos o tradiciones que sólo ciertas familias dentro de la tribu están autorizadas a saber. El concepto archivístico de acceso abierto igual debe ser modificado para respetar dichas tradiciones culturales⁴⁵. Jeannette Bastian nos describe la pérdida de la memoria cultural sufrida por las gentes de las Islas Vírgenes con el traslado de los documentos gubernamentales de los administradores de las colonias holandesas y americanas a sus respectivas naciones. Una concepción demasiado estrecha de la procedencia condujo a una pérdida del control sobre los archivos, la historia y la memoria del pueblo⁴⁶.

Joel Wurl narra un incidente que ilustra gráficamente el poder de los archivos a la hora de representar y proteger la historia y la memoria colectiva de una comunidad. Durante los disturbios que se produjeron en Los Ángeles tras conocerse el veredicto del caso Rodney King, saqueadores e incendiarios se acercaron a la Biblioteca del Sur de California de Estudios e Investigación Social, un importante depósito que recoge movimientos contemporáneos de justicia social y comunidades infrarrepresentadas. “La persona que se encontraba de guardia, el director del edificio Chester Murray, les respondió diciendo que la biblioteca contenía la historia de los afroamericanos, latinos y la clase trabajadora y les persuadió a que la dejaran en paz. Muchos de los edificios circundantes fueron dañados o destruidos, pero no la biblioteca”⁴⁷. Como archiveros, debemos esforzarnos en ser tan efectivos como Chester Murray a la hora de explicar la importancia de nuestros archivos y su valor social.

La Asociación de Archiveros Norteamericanos (SAA) ha dado respuesta a tales retos, pero todavía podemos hacer más. Nos hemos manifestado en contra del secretismo en el gobierno, en contra del decreto del presidente Bush para controlar el acceso a los documentos de los anteriores presidentes y en contra de los excesos de la *USA Patriot Act*. Hemos emprendido acciones legales que exijan el acceso público a los encuentros secretos en la Casa Blanca y para permitir al *Unabomber* Ted Kaczynski entregar sus documentos a un depósito archivístico. Hemos asegurado subvenciones para “los Programas para fortalecer los archivos tribales,” invitando a quince archiveros a los congresos anuales de la Asociación de Archiveros Americanos. Hemos identificado como prioridades estratégicas: responder los retos de la tecnología en constante cambio, asegurarnos de que los archivos y de que nuestra profesión refleje la diversidad de la sociedad y mejorar el interés público por los archivos.

Ya que hemos tomado en consideración el simbolismo y lo fundamental de los archivos y de la misión archivística, déjennos abrazar el poder de los archivos. Déjennos aceptar la solemne obligación de usar la Fuerza para el bien y no para el mal. Déjennos asegurarnos de que los archivos protegen el interés público en lugar de los privilegios de las élites poderosas de la sociedad.

Que nuestros templos archivísticos reflejen los valores que de verdad merecen veneración y recuerdo. Que nuestras prisiones archivísticas minimicen las cerraduras y la seguridad y que enfatizen la responsabilidad, la conservación y el acceso. Que nuestros menús sean claros y comprensibles y el servicio eficiente, cuidadoso y amable.

Esto es lo que se supone que tiene que ser una profesión. Debemos servir a todos los sectores de la sociedad. Nuestra meta debería ser asegurar unos archivos del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Al aceptar el poder de los archivos podremos desempeñar plenamente nuestro papel en la sociedad.

Notas

¹ Eric Ketelaar, “Archival Temples, Archival Prisons: Modes of Power and Protection,” *Archival Science* 2 (2002): 221-238.

² George Orwell, 1984, citado en “Who Controls the Past,” *American Archivist* 49 (primavera 1986): 109. de Helen Willa Samuels.

³ Orwell, *A Collection of Essays* (Garden City, NY, 1954), 206.

⁴ Orwell, *Homage to Catalonia* (Boston, 1952), 150.

⁵ Citado en Ketelaar, “Archival Temples,” 221-222; Véase también la página web de La Guerra de las Galaxias: <http://www.starwars.com/databank/location/jediarchives/> (4 agosto 2005).

⁶ Véase Mary Jo Pugh, “The Illusion of Omniscience: Subject Access and the Reference Archivist,” en Maygene Daniels and Timothy Walch, eds., *A Modern Archives Reader* (Washington, DC, 1984): 264-77.

⁷ Ketelaar, “Archival Temples,” 223.

⁸ Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob, *Telling the Truth About History* (Nueva York, 1994): 73.



- ⁹ Hilary Jenkinson, citada en Elisabeth Kaplan, “‘Many Paths to Partial Truths’: Archives, Anthropology, and the Power of Representation,” *Archival Science* 2 (2002): 215.
- ¹⁰ Kaplan, “Many paths”: 215-16.
- ¹¹ Michael Fegan, citado en el artículo para la Midwestern Archives Conference de Mark Greene, sin publicar, octubre 2004.
- ¹² Howard Zinn, “Secrecy, Archives, and the Public Interest,” *Midwestern Archivist* 2:2 (1977): 20-21.
- ¹³ Claude Lévi-Strauss, citado en Steven Lubar, “Information Culture and the Archival Record,” *American Archivist* 62 (primavera 1999): 18-19.
- ¹⁴ Carolyn Steedman citada en Francis X. Blouin, Jr., “Archivists, Mediation, and Constructs of Social Memory,” *Archival Issues* 24:2 (1999): 105.
- ¹⁵ Patrick M. Quinn, “Archivists and Historians: The Times They Are A-Changin’,” *Midwestern Archivist* 2:2 (1977): 8.
- ¹⁶ Terry Cook y Joan M. Schwartz, “Archives, Records, and Power: From (Postmodern) Theory to (Archival) Performance,” *Archival Science* 2 (2002): 178.
- ¹⁷ Kaplan, “Many Paths”: 211.
- ¹⁸ Richard J. Cox, *No Innocent Deposits: Forming Archives by Rethinking Appraisal* (Lanham, Maryland, 2004): 40-41. Cita a Trouillot en la pág. 41.
- ¹⁹ Cox, *No Innocent Deposits*, 234.
- ²⁰ Elisabeth Kaplan, “We Are What We Collect, We Collect What We Are: Archives and the Construction of Identity,” *American Archivist* 63 (primavera/verano 2000): 126-151.
- ²¹ Richard White, *Remembering Ahanagan: A History of Stories* (Nueva York, 1998): 4.
- ²² J. K. Rowling, *Harry Potter and the Half-blood Prince* (Nueva York, 2005): 197.
- ²³ Luciana Duranti, “Diplomatics: New Uses for an Old Science,” *Archivaria* 28 (verano 1989): 7-27.
- ²⁴ Ketelaar, “Archival Temples”: 227, 236-37.
- ²⁵ Wendy M. Duff y Verne Harris, “Stories and Names: Archival Description as Narrating Records and Constructing Meanings” *Archival Science* 2 (2002): 282.
- ²⁶ Cook y Schwartz, 173.
- ²⁷ Cook y Schwartz, 183.
- ²⁸ Cox, *No Innocent Deposits*: 35.
- ²⁹ Allan Spear, “Politics and the Professions,” *Midwestern Archivist* 9:2 (1984): 81.
- ³⁰ Cook y Schwartz, 181.
- ³¹ Ketelaar, *Archival Image*: 19.
- ³² Ketelaar, *Archival Image*: 15.
- ³³ John M. Dirks, “Accountability, History, and Archives: Conflicting Priorities or Synthesized Strands?” *Archivaria* 57 (primavera 2004), 35, 49. Cita a Spragge en la pág 35.
- ³⁴ Tom Nesmith, “What’s History Got to Do With It?: Reconsidering the Place of Historical Knowledge in Archival Work,” *Archivaria* 57 (primavera 2004): 25-26.
- ³⁵ Milan Kundera, *The Book of Laughter and Forgetting*, citado en David Thelen, “Memory and American History,” *Journal of American History* 75 (marzo 1989): 1126.
- ³⁶ Kenneth E. Foote, “To Remember and Forget: Archives, Memory, and Culture,” *American Archivist* 53 (verano 1990): 393.
- ³⁷ “Address by Waldo G. Leland, 1956,” en los artículos de Waldo G. Leland, División de Manuscritos, Biblioteca del Congreso.
- ³⁸ Richard J. Cox y David A. Wallace, *Archives and the Public Good: Accountability and Records in Modern Society* (Westport, Conn., 2002).
- ³⁹ Elizabeth Adkins, “A History of the Ford Motor Company Archives, With Reflections on Archival Documentation of Ford of Europe’s History,” en *Ford, 1903-2003: The European History*. Editado por Hubert Bonin, Yannick Lung y Steven Tolliday (París: PLAGÉ, 2003), Vol. 1: 24-25.
- ⁴⁰ F. Gerald Ham, “The Archival Edge,” *American Archivist* 38 (enero 1975): 5-13.
- ⁴¹ Zinn, 25.
- ⁴² Dirks, 38.
- ⁴³ Ketelaar, “Archival Temples”: 230-31; John Fleckner, “‘Dear Mary Jane’: Some Reflections on Being an Archivist,” *American Archivist* 54 (invierno 1991): 8-13; véase también los artículos más extensos de Verne Harris en los archivos de Sudáfrica.
- ⁴⁴ Duff y Harris, 278-79.

⁴⁵ Conversación con Juanita Jefferson, archivera y gestora de documentos de Lummi Nation, 5 agosto de 2005. Véase también Michael F. Brown, *Who Owns Native Culture?* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2003).

⁴⁶ Jeannette Allis Bastian, *Owning Memory: How a Caribbean Community Lost its Archives and Found its History* (Westport, Conn., 2003).

⁴⁷ Joel Wurl, "Ethnicity as Provenance: In Search of Values and Principles for Documenting the Immigrant Experience," artículo presentado para el Foro de la Interpretación como prueba en el Centro de Información de UCLA, 20 de abril de 2005, pp. 2-3.